

Fidelidad a la vida

GUSTAVO GUTIERREZ

Este artículo encabeza como presentación la última entrega de la colección de testimonios de nuestra Iglesia que publica la editorial peruana CEP bajo el epígrafe genérico de Signos, esta vez Signos de vida y fidelidad (cf. SIC 454, p. 192). A la vez sirve también para que nuestros lectores saboreen el tono y la perspectiva de la teología espiritual que Gustavo Gutiérrez nos acaba de entregar (CEP mayo 1983) como prenda, no sólo de su madurez cristiana, sino de su objetivación en el proceso de nuestros pueblos creyentes y oprimidos hacia la liberación. (N. de la R.)

Renovación, liberación, luchas y esperanzas, vida y fidelidad. El proceso por el cual el pobre se hace presente en la sociedad y la iglesia latinoamericana gana en calidad y madurez. Se avanza en profundidad, es decir, allí donde se deciden los grandes cambios históricos. En ese nivel se afirma claramente que la vida, y no la muerte —pese a la dolorosa experiencia del pueblo pobre—, tiene la última palabra de la historia humana. Ello implica una honda fidelidad a las fuentes: la fe en el Dios de la vida y los esfuerzos de liberación de los oprimidos. Fidelidad a la vida que puede conducir, como de hecho ha ocurrido, a la muerte. Al testimonio martirial.

OPTAR POR LA VIDA

La solidaridad en las luchas contra la pobreza y por un orden social humano y justo supone una opción por la vida. Efectivamente, hay algo que nuestro pueblo percibe cada vez con mayor nitidez: la pobreza significa muerte.

Muerte ocasionada por el hambre y la enfermedad o por los métodos represivos de quienes ven peligrar sus privilegios ante todo intento de liberación de los oprimidos. Muerte física a la que se añade una muerte cultural, porque el dominador busca el aniquilamiento de todo lo que da unidad y fuerza a los desposeídos de este mundo para hacerlos así presa fácil de la maquinaria opresiva.

De eso se trata cuando hablamos de la pobreza, de la destrucción de personas y de pueblos, de culturas y de tradiciones. En particular de la pobreza de los más despojados: indios y negros, así como la mujer de los sectores populares doblemente marginada y oprimida. No estamos entonces, como a veces se piensa, ante el desafío de una "situación social", como si fuese algo exterior, a las exigencias fundamentales del mensaje evangélico. Nos hallamos más bien ante algo contrario al Reino de vida anunciado por el Señor. Por ello Puebla califica de "inhumana" (n. 29) y de "antievangélica" (n. 1159) la pobreza que se vive

en América Latina.

La dialéctica muerte-vida que nos revela el misterio de Jesús penetra profundamente en nuestra situación histórica y presenta una actualidad y una exigencia inesperadas. El discurso sobre la fe que nace del compromiso con una realidad de muerte temprana e injusta y con las luchas de liberación no puede ser una teología de afirmación de la vida. O más exactamente, una teología del paso de la muerte a la vida. Una teología pascual. Las condiciones en que viven y mueren los pobres de este mundo nos devuelven así a lo esencial del mensaje bíblico: la fe pascual, la victoria de la vida del Resucitado sobre la muerte.

La realidad de opresión secular, agudizada por la represión con la que los poderosos intentan impedir todo cambio social (cf. Puebla, n. 42), obliga a las grandes mayorías a vivir como extranjeras en su propia tierra. El pobre irrumpe en la historia y en la iglesia latinoamericana, lo hace a partir de una nueva y honda percepción de esa vivencia de extrañeza. Los despojados y marginados son hoy cada vez más conscientes de que moran en una tierra extraña, hostil a su vida y cercana a su muerte, lejana a sus más legítimos intereses e instrumento de aquellos que los oprimen, ajena a sus esperanzas y propiedad de quienes buscan infundirles miedo.

Exilados por estructuras sociales de una tierra que en última instancia sólo pertenece a Dios (cf. Deut. 10,14), y conscientes de esa situación, los pobres entran activamente en la historia latinoamericana y se hallan en éxodo para recuperar lo que es suyo. Ese combate por sus derechos se inscribe en una búsqueda del Reino de Dios y su justicia, es decir, en una marcha hacia el encuentro con el Dios del Reino.

Quienes se hacen solidarios con esta lucha se convierten, a su vez, en extraños a la sociedad latinoamericana y a ciertos sectores de la iglesia. Ajenos, en efecto, al estado de cosas existente y a aquellos que se consideran señores de

tierras, bienes y personas. De este modo todo intento de transformación sólo podría venir de "afuera", porque, según ellos, el pueblo pobre de América Latina está satisfecho con su suerte y sólo espera que le den algo cuando extiende la mano, para luego agradecer la bondad de sus generosos benefactores. A decir verdad los poderosos de este subcontinente tienen paradójicamente razón: la firme voluntad de cambio surge, en efecto, de una tierra que se ha hecho "extranjera" para las masas pobres...

En esas circunstancias no debe llamar la atención el tiempo de sospecha que se vive hoy en América Latina. Para el dominador todo gesto de liberación y de rescate de lo propio, todo lenguaje que quiera partir sin cortapisas de esta percepción de extrañeza resulta subversivo y merecedor de castigo por parte del poder político, militar o ideológico que él detenta. La situación existente ha sido tan fuertemente asimilada por algunos, se halla para ellos tan en el "orden" de las cosas, que toda voz disidente resulta anormal y es materia de sospecha, incluso para algunos ambientes eclesiales.

Es inevitable, al presente, beber el trago amargo de ser objeto de suspicacia si se quiere, en solidaridad con los desposeídos, dar testimonio de Dios en América Latina. Esto puede ir hasta ser considerado no como un seguidor de Jesucristo, sino como un intruso que desde fuera se introduce, se infiltra y crea problemas por el solo hecho de pensar —y, la verdad sea dicha, de vivir también— de modo distinto. La continua sospecha sobre algo tan profundo como la honestidad personal y sobre todo la fe en el Señor, es dura de aceptar y atenta contra aquello que la moral tradicional llamaba el "honor", derecho elemental de toda persona. Pero ella puede además acarrear persecución, cárcel o muerte. Para los bien pensantes —algunos de ellos simplemente timoratos ante el futuro al que nos llama el Señor— un sospechoso de no ser buen cristiano fue, por ejemplo Mons. Oscar Romero. Su afirmación de la vida de la

Resurrección y el juicio histórico que hacía desde allí sobre un país en el que los poderosos se empeñaban en hacer reinar la muerte lo convertían en una persona incómoda. La sospecha al interior de su propia comunidad es actualmente un elemento de la cruz del cristiano que busca dar testimonio del Dios de los pobres. Pero es igualmente, y en definitiva, un factor de purificación de su compromiso.

UN TIEMPO DE FIDELIDAD

Los avances y las resistencias encontrados en esta afirmación de la vida nos remiten con urgencia a los puntos de partida. No para desandar lo andado, sino para verificar la fidelidad a lo que alimenta el proceso más allá de sus logros y fracasos. Una profunda fidelidad al pueblo pobre y al Dios de Jesucristo madura en este caminar e impide que el movimiento se haga en función de él mismo. Se juega aquí la calidad del proceso de liberación y, en última instancia, su propia y auténtica eficacia histórica.

Sólo esa fidelidad permitirá renovarse continuamente y resistir a pie firme los embates que el despertar de los pobres suscita en quienes se habían acostumbrado a tenerlos dócilmente a su servicio. Permitirá también no enganarse sobre el verdadero curso de la historia y mirar como simples anécdotas las bravatas y manotazos de los defensores del presente orden social, y como oropeles los honores recibidos por quienes tienen por función la justificación de dicho estado de cosas. Esos éxitos aparentes no son sino terreno pedregoso en el que no germina la semilla del Evangelio de Jesucristo. Ella sólo fructifica en tierras profundas y humildes.

La fidelidad se expresa, y a la vez se nutre, en los gestos de solidaridad entre los pobres que se prodigan en América Latina. Ellos se dan desde el nivel local hasta el internacional. Los movimientos de solidaridad provocados por las luchas liberadoras de Nicaragua, los que hoy suscitan El Salvador y Guatemala, los que recibe la defensa de los derechos humanos de los exilados y desaparecidos de Haití, Uruguay, Paraguay, Chile, Argentina y otros son un ejemplo de lo que decimos. Pero no es sólo eso, en la base bullen los grupos y las organizaciones de solidaridad entre los desposeídos y con ellos. Lo que impresiona es precisamente la facilidad de los sectores populares para pasar de lo local a lo latinoamericano. Son los pri-

meros esbozos a nivel del subcontinente de aquello que Arguedas llamaba "la fraternidad de los miserables".

Son innumerables los héroes anónimos de estos esfuerzos y es inmensa la generosidad derrochada en ellos. El gesto solidario es para los cristianos comprometidos un acto eficaz de amor al prójimo, de amor a Dios en el pobre. Perciben por eso que no se trata sólo de actitudes personales. Lo que está en juego es la solidaridad de toda la comunidad eclesial, de la iglesia, con los movimientos de los pobres en la defensa de sus derechos. De ahí el nacimiento de tantos grupos que se proponen no únicamente ser solidarios ellos, sino contribuir a que lo sea la iglesia entera como testimonio —y verificación— de su anuncio del reinado de Dios. Eso es lo que significa una Iglesia de los pobres.

La fidelidad hunde sus raíces en la oración al Padre. Cualquiera que tenga contacto con las comunidades eclesiales de base es testigo de que hoy se ora mucho, con intensidad y esperanza, en América Latina. Agoreros de ruinas y fracasos, aquellos que a las puertas del Concilio Juan XIII llamaba "profetas de la desgracia", han afirmado que en América Latina se pierde la vida de oración. La experiencia en la base es totalmente diferente. No se trata sólo de los grandes momentos que jalónan la marcha de un pueblo con sus pasos adelante y sus retrocesos. Ellos han demostrado, es verdad, una gran creatividad y hondura de las comunidades en este campo. Pero para hablar de su riqueza e intensidad tenemos presente también, y sobre todo, la práctica orante cotidiana, pequeña y localizada. No hay lugar en la iglesia de América Latina donde se rece con más fervor y alegría en medio del sufrimiento y la lucha diaria que en las comunidades cristianas insertas en el pueblo pobre. Es un acto de reconocimiento y esperanza en el Señor que nos hace libres.

Resulta así que para muchos (no ignoramos sin embargo los tropiezos de algunos en esta senda), para la inmensa mayoría tal vez, la madurez creciente de la solidaridad con el compromiso liberador ha traído dialécticamente una valoración de la oración como una dimensión fundamental de la vida cristiana y un poderoso desarrollo de ella en los grupos cristianos populares. Conocemos lo difícil que es medir esto, pero la experiencia cotidiana e incluso el resultado escrito de ella son prueba de su extensión y de su creatividad.

Solidaridad y oración, y en cierto modo como síntesis de ambas la fidelidad significa martirio. Son numerosos, los que han dado su vida, hasta la muerte, por dar testimonio de la presencia de los pobres en el mundo latinoamericano y de la predilección de Dios por ellos. Y la sangría no ha terminado todavía. Los primeros brotes de esta situación inédita y sorprendente (los perseguidores y asesinos; cuando no se ocultan se declaran cristianos) se remontan a unos quince años atrás. Estamos tal vez muy cerca históricamente de estos hechos para saber medirlos en todo su alcance.

¿Qué pensarían, por ejemplo, los contemporáneos de los mártires de los primeros siglos de los hechos de esa época? Tal vez a algunos de ellos la complejidad de factores que intervienen en toda cuestión histórica, la cercanía del asunto, así como su propia falta de coraje personal les impedirían ver el significado de acontecimientos que hoy aparecen tan claramente como heroicos testimonios de fe en el Señor. Ocurre que el consenso respecto a lo que se desarrolla ante nuestros ojos es siempre más difícil de lograr; porque los hechos presentes no se hallan colócados, como los del pasado, en un mundo que consideramos idílico y que envolvemos con leyendas doradas. Se trata de acontecimientos que forman parte de nuestro propio universo y que exigen de cada quien una decisión personal, una ruptura con todo tipo de complicidad con los verdugos, una solidaridad franca, una denuncia rigurosa, una oración comprometida.

Pero el pueblo pobre no se engaña, reconoce y habla cuando otros callan. Ve en la entrega de esas vidas un profundo y radical testimonio de fe; comprueba que ese testimonio del Dios de la vida en un subcontinente en que el poderoso siembra la muerte para defender sus privilegios lleva con frecuencia al asesinato del testigo; y se alimenta de la esperanza que levantan esas vidas y esas muertes. Según la más antigua tradición cristiana la sangre martirial es la que da vida a la comunidad eclesial, a la asamblea de los seguidores de Jesucristo. Ese es el caso hoy en América Latina. La fidelidad hasta la muerte es fuente de vida.

Solidaridad, oración y martirio constituyen un tiempo de salvación y de juicio, de gracia y exigencia. Son pilares de la construcción de una iglesia signo en la historia de nuestros pueblos del Reino de vida.